



ACTAS DE LAS VII JORNADAS SOBRE
ETNOGRAFÍA Y PROCESOS EDUCATIVOS
EN ARGENTINA

ISSN 2362-5775

**QUE EL RECORRIDO HABLE.
ETNOGRAFIANDO NUESTRA EXPERIENCIA DE COMUNICACIÓN
COMUNITARIA DESDE LA UNIVERSIDAD**

Autoras: Dra. Patricia Fasano (patrifasa@gmail.com) - Lic. Gretel Schneider (greschneider@gmail.com) - Lic. Lucrecia Pérez Campos (luperezcampos@hotmail.com)
Área de Comunicación Comunitaria-Universidad Nacional de Entre Ríos

Desarrollar una investigación etnográfica en el marco de un proyecto de investigación grupal y en el contexto de una universidad en la Argentina del siglo XXI reviste características particulares que la reflexividad demandada por el propio método pide esclarecer e incorporar a la producción de conocimiento.

Si la imagen emblemática del quehacer etnográfico –referenciada en un sujeto individual, blanco, solitario, de clase media y occidental- contribuyó a orientar el desarrollo del método en determinados sentidos, nuestra inquietud actual reside en reconocer *cuáles son las condiciones específicas del proceso de conocimiento etnográfico* que llevamos adelante desde el Área de Comunicación Comunitaria, un grupo de diez mujeres universitarias que creamos y desarrollamos una línea de trabajo en el marco del Sistema de Proyectos de Extensión de la Universidad Nacional de Entre Ríos desde el año 2004 hasta la actualidad, y que ahora nos detenemos a inteligirla reflexivamente a través de un proyecto de investigación.

¿Qué características institucionales de este proceso atraviesan más claramente los resultados de la investigación? Condiciones presupuestarias, características de los vínculos laborales de las integrantes del equipo, la extensión en la universidad y el lugar del enfoque etnográfico en los paradigmas epistemológicos y metodológicos predominantes en la investigación de las ciencias sociales, son algunos de los elementos que transversalizan el proceso generando

condiciones específicas para la producción del conocimiento etnográfico. Sobre ello reflexionaremos en esta ponencia.

Palabras clave: investigación etnográfica – comunicación comunitaria – autoetnografía - universidad

El Área de Comunicación Comunitaria y su filosofía

Desde el Área de Comunicación Comunitaria (ACC) de la Facultad de Ciencias de la Educación trabajamos para promover el desarrollo de una perspectiva de la comunicación social que supone ubicar en el centro del proceso comunicacional el fortalecimiento de lo *común* (el componente *comunitario* de la comunicación), lo cual supone construcción de *ciudadanía* (comunicacional y política) (Mata 2010). Para esto, desde 2004 desarrollamos proyectos en diversos contextos con grupos sociales mayormente en situación de vulnerabilidad: comunidades de vecinos y vecinas, jóvenes de escuelas públicas, mujeres en situación de violencia de género, varones y mujeres en situación de cárcel, mujeres adultas mayores vinculadas a una asociación civil barrial y organizaciones sociales de la sociedad civil. Esto implica disputar sentidos –sobre todo, pero no exclusivamente, en el ámbito académico-fundamentalmente en relación a la comunicación, pero también en relación a la educación, la función de la universidad, la investigación y la ciencia social.

La modalidad de trabajo del ACC se organiza en torno de varias estrategias: actividades docentes dentro y fuera de la formación de grado, formación interna, publicaciones, actividades abiertas a la comunidad, etcétera. Entre ellas, los Proyectos en Terreno (proyectos de extensión universitaria¹) ocupan un lugar central puesto que lo que procuramos es, al mismo tiempo, desarrollar una práctica profesional y constituir la como tal en el propio andar, por tratarse de un campo –el de la comunicación comunitaria- poco profesionalizado y abordado disciplinariamente. O sea que las mismas prácticas persiguen al mismo tiempo un objetivo que podríamos llamar “intervencionista”², en tanto procura una transformación de ciertas condiciones sociales a través de la práctica de la comunicación comunitaria, y otro de generación de conocimientos sobre el propio campo a partir de una praxis reflexiva.

¹ Algunos de estos proyectos integran el Sistema de Proyectos de la Universidad Nacional de Entre Ríos, en tanto otros responden a Programas de distintos organismos del gobierno nacional (Secretaría de Políticas Universitarias y de Desarrollo Social).

² El concepto de *intervención* puede ser utilizado con ciertas reservas, ya que en su acepción clásica supone procesos profesionales e institucionales mucho más dirigidos y con objetivos de transformación social más palpables (Carballeda 2002). A falta de uno más apropiado, por el momento lo tomamos prestado.

En las intervenciones que llamamos de *comunicación comunitaria*, la necesidad de generar procesos participativos de producción de significaciones exige desplegar la creatividad de lxs facilitadorxs ante los continuos desafíos que se presentan en los grupos y comunidades, a fin de apuntar a aquello que es *común* y constituye un *nosotros* posible (el *munus* o *entre* del ser que propone Roberto Espósito para pensar la *comunidad*) (Paiva 2007). Estos desafíos parten de los intereses, las necesidades y las ganas de explorar nuevos formatos, nuevos lenguajes y territorios de lo comunicacional, siempre en función de poner en forma los sentidos propios de ese colectivo.

Primera cuestión. Esta característica de nuestro trabajo propone redefinir el perfil del comunicador social, clásicamente orientado a ser el centro de los procesos de comunicación en los que interviene, aquí convertido en acompañante de los procesos que protagonizan otrxs. Esto implica una primera cuestión que especifica nuestra posición dentro del campo de la comunicación social.

Según esta perspectiva, nuestra presencia -en tanto profesionales universitarios- en los terrenos donde se desarrolla nuestra intervención tiene que ver con “facilitar” procesos de comunicación que se establecen en cada sector -con sus características específicas-, más que con “enseñar herramientas” o “técnicas” para comunicar.

Si bien los grupos con los que trabajamos -como todos nosotros- están fuertemente atravesados por los medios masivos de comunicación, procuramos poner el foco en los encuentros que se producen en las instancias presenciales.

Estar atentos a la especificidad de cada grupo nos remite a estas mediaciones (Martín Barbero 1991), los modos populares de relacionarse y las maneras que tienen los sujetos de estar/sentirse juntos, que otorgan sentido a las prácticas colectivas.

Aprender a manejar los distintos lenguajes no es el centro de nuestras rácticas, sino que el foco se desplaza a los procesos vivenciales de la comunicación cara a cara, al establecimiento de vínculos fraternales y sobre todo, a la escucha atenta de todo lo que sucede en los encuentros: lo que se dice y lo que se calla, las conversaciones, los gestos y el lenguaje de los cuerpos, el uso del espacio, etc. Esto implica acceder y comprender los códigos y las múltiples maneras en que las personas entablan lazos comunicativos entre sí, lo que reúne un cúmulo de deseos, expectativas, miedos, cercanías y rechazos, conflictos por el poder, liderazgos, alianzas y posiciones ideológicas que hacen a la vida en comunidad. Nos encontramos aquí con un universo vocabular (Huerco 2003) que nos adentra en diferentes mundos.

Es este universo -más o menos cercano a nuestros propios mundos- lo que nos proponemos es “poner en forma”, hacerlos comunicables en función de una visibilidad pública con la que no cuentan estos sectores.

Segunda cuestión. Por otra parte, practicamos la intervención desde una noción compleja que nos lleva al menos a actualizar dos sentidos interdependientes, entrelazados e inseparables entre sí. En primer lugar, como interacción, ya que parte de un proceso de integración con el propósito de acompañar y facilitar procesos de transformación (¿o incidencia?) social: comunicacional, educativa y política. Tiene un tiempo de diseño y un tiempo de ejecución aproximado, pero éstos no son lineales y las relaciones que se establecen no pueden medirse. Por esto, desde nuestra perspectiva, la intervención es siempre más *devenir* que inter-venir. El sujeto no puede leerse si no es en su contexto y viceversa. Ese ámbito institucional, barrial, etc. no puede abordarse sino es mediante un acercamiento (vivencial) a los sujetos que lo constituyen o integran.

Cuando llegamos a un territorio, nos sumergimos en un entramado de relaciones humanas e institucionales, trazadas previamente, las cuales desconocemos porque no formamos parte hasta desembarcar allí *para hacer comunicación comunitaria*. Suele existir previamente una demanda por parte de los destinatarios de forma directa o indirecta que deviene de necesidades de aceptar formas de comunicación barrial o a partir de buscar concretar un proyecto, por ejemplo, *hacer una radio comunitaria del barrio y para el barrio*.

Siempre, quienes venimos desde la universidad cargamos con prejuicios hacia esos nuevos grupos a partir de las experiencias ya pasadas si bien tratamos de despojarnos de todo aquello que no nos permita entregarnos a un nuevo proceso que comienza. El grupo con el que nos encontramos, por su parte, también carga con prejuicios. Muchos de éstos vinculados a lo que habitualmente se espera de la universidad: *que nos digan qué hacer y cómo hacerlo*, siempre otorgándonos el lugar del saber y por ello, del poder. *Si nos vienen a enseñar de la universidad, se va a poder hacer*.

Esta expectativa de *escuchar lo que nos vienen a decir lxs universitarixs* se transforma (y se descoloca) cuando en primer lugar, llegamos a escuchar a esos otros quienes en sus prácticas cotidianas construyen propios modos de hacer, de comunicarse, de vincularse y es a partir de sus intereses, de sus deseos, de los significados que le otorgan a ese mundo que integran que proponemos acordar el proyecto de comunicación comunitaria en conjunto, para luego, nosotros -quienes venimos desde la universidad- plantear las estrategias, las cuales siempre podrán ser revisadas y discutidas por el grupo.

Muchas veces nos convoca un organismo del estado con intenciones de hacer algo que al principio no se sabe bien qué es, pero que suele estar bien referenciado por vecinos y vecinas de diferentes barrios y, a su vez, lo que hacemos de vez en cuando aparece en los medios de comunicación y podemos decir, *tiene buena prensa*. Pilar, en su notas de campo, relata sus impresiones de la convocatoria de la Municipalidad para trabajar cuestiones de género:

La posibilidad de trabajar articuladamente entre la Facultad de Ciencias de la Educación y la Subsecretaría de la Mujer generó entusiasmo y expectativas desde ambos lugares: por nuestra parte, desde el Área veníamos de frustradas experiencias de trabajo con la Municipalidad de Paraná, y por su parte, esta dependencia trabajaba fluidamente con la Facultad de Trabajo Social, por lo que incorporar un equipo de comunicadores de otra unidad académica les resultaba también novedoso. No fue difícil proyectar las potencialidades de un trabajo conjunto y las actividades que realizaríamos surgieron y se fueron plasmando en el Programa de manera fluida, como si de alguna manera esta articulación fuera el encaje de dos piezas de un rompecabezas. Sentíamos que habíamos constituido un equipo “ideal”, que hacía sentido en función a los objetivos propuestos de la realización de un diagnóstico socio participativo a partir de talleres de comunicación para mujeres de los barrios de Paraná.³

En segundo lugar, como proceso de reflexión colectiva y basado en la praxis orientado a generar conocimiento legitimable en otros ámbitos, como el académico. Conocimiento local que, sin ambiciones de generalización nos aporta las coordenadas para situarnos y comienza con la escucha de las historias y la observación de las condiciones materiales de vida.

Por ello es que a través de la observación participante -o participación observante (Guber 2001)- y el registro etnográfico como herramienta que nos lleva al reconocimiento del punto de vista del otro, nos valemos para documentar los modos en los que está siendo construida la Comunicación Comunitaria como campo específico de la Comunicación Social en la interrelación con los actores sociales que forman parte de las prácticas y en el ámbito de nuestra universidad. A su vez, nos permite poner de relieve las formas que cobra la intervención, los sentidos que se construyen en relación a la noción de comunidad y, con esto, las definiciones que aparecen acerca de la comunicación. También nos aproximamos a dimensionar acerca de lo que significa la comunicación comunitaria para los sujetos que protagonizan los procesos y

3 Del diario de campo de Pilar Espósito.

para quienes los promovemos y si es posible identificar transformaciones a nivel individual, comunitario e institucional.

Es en este sentido que la intervención en comunicación comunitaria, en tercer lugar, también busca la visibilización de procesos que fluyen en los márgenes, en los ámbitos históricamente postergados o expulsados, tratando de dar cuenta de las condiciones específicas desde las cuales hacen sentido los procesos de comunicación.

En este aspecto acordamos con Maffesoli: “en el fondo de las cosas, podríamos preguntamos modestamente, ¿qué es un pensamiento interesante en las Ciencias Humanas, si no aquel que se inscribe en un pensamiento que permanece arraigado en la vida y en lo cotidiano?” (Maffesoli 2004: 20).

Por eso nos interesa producir un conocimiento desde el seno de la universidad que sea como el arte, en tanto creamos cuando permitimos que la materia prima (la de lo social) nos sorprenda, se transforme y nos transforme. “Para eso es necesaria otra forma de conocimiento, un conocimiento comprensivo e íntimo que no nos separe y antes bien nos una personalmente a lo que estudiamos” (Santos 2009:53). Un saber erótico, al decir de Maffesoli, “que ama el mundo que describe” (1997: 58).

La intervención en comunicación comunitaria supone la emergencia y visibilización de relatos, poéticas, narrativas que, por su condición de expresar las alteridades culturales, sólo por ser otras resultan una transgresión a la tradición moderna y academicista de la ciencia y una apuesta –siguiendo a los autores antes mencionados- por la multiplicación y multiplicidad de mundos posibles dado que los saberes son situados y desafían a las ambiciones de generalización.

Dónde intervenimos

Esos Proyectos en Terreno están organizados en cuatro líneas de trabajo que, con variaciones de acuerdo a cada caso, conservan cierta continuidad en el tiempo: comunicación comunitaria en cárceles, comunicación comunitaria con/para organizaciones sociales, acompañamiento de proyectos de medios comunitarios y comunicación comunitaria en la prevención de la violencia de género.

El primero de éstos se desarrolla desde hace 12 años en contextos de privación de libertad – las Unidades Penales Nº1 y Nº6 de Paraná- con el objeto de sostener espacios dialógicos de producción –en distintos soportes y formatos-, en pos de contribuir a garantizar el derecho a la educación y el acceso a la cultura en cárceles. Para esto se sostienen encuentros semanales donde se abordan las distintas posibilidades comunicacionales, en una íntima relación entre comunicación, creatividad y arte. Así, se han abordado desde la producción una radio abierta

annual y una revista, hasta producciones de teatro, títeres y la pintura de varios murales comunitarios, entre otras.

La línea de trabajo con/para organizaciones sociales –denominada PASOS, Proyecto de Articulación de Saberes de las Organizaciones Sociales- tiene como objetivos visibilizar la significación de la dimensión comunicacional al interior de las organizaciones; la construcción de procesos colectivos y el fortalecimiento de los lazos que vinculan a las organizaciones entre sí, con su comunidad destinataria y la Universidad.

Por otra parte, desde el ACC acompañamos aquellos proyectos que cuentan o están gestando medios comunitarios, a fin de fortalecer esos procesos. Tal es el caso de la Radio Comunitaria Doña Munda (en los orígenes del Área) o los que se están motorizando actualmente en la línea de Soberanía Alimentaria, junto a productores locales de la agricultura familiar y agroecológicos, en el marco de la cual se producen piezas comunicacionales a ser difundidas en distintos medios.

Finalmente, la comunicación comunitaria desde la perspectiva de género se desarrolla con distintos grupos de mujeres donde se ponen en cuestión los estereotipos y roles asignados culturalmente a las mujeres; tratando de desnaturalizar -y prevenir- la violencia cotidiana de la que son objeto.

Cada una de estas líneas de trabajo se abordan a través de talleres participativos y producción en distintos soportes en tanto dispositivos educomunicacionales.

La investigación como correlato de la extensión

Ahora bien, en ese marco, desde 2015 llevamos adelante un proyecto de investigación cuyo objetivo principal es traducir a un lenguaje conceptual lo que durante trece años hemos venido *practicando* (Ortner 1994; Peirano 2006): “¿De qué hablamos cuando hablamos de *comunicación comunitaria*?”⁴.

A través del proyecto, buscamos que los procesos desarrollados durante más de 10 años hablen: de la práctica universitaria, de la forma que junto a las comunidades encontramos para *hacer* la comunicación comunitaria, de los conflictos, los cambios de rumbo, los desafíos de cada contexto, las condiciones de trabajo que dan forma a la intervención, en síntesis, *qué y cómo realizamos la comunicación comunitaria*, al practicarla; es decir, cómo, de qué manera, en nuestro hacer estamos produciendo formas específicas de entender y practicar la *comunicación comunitaria*.

⁴

Tal el nombre del Proyecto de Investigación, acreditado en la Universidad Nacional de Entre Ríos.

Básicamente, comunicación comunitaria es una de las denominaciones⁵ que, en torno de las décadas del '60 y '70, recibió en esta región de Latinoamérica la comunicación orientada a la transformación social y política, a la emancipación de las poblaciones oprimidas a través de la apropiación de los medios para expresarse y a la constitución de la dimensión comunicacional de los procesos políticos revolucionarios latinoamericanos. Alguna bibliografía específica (Krohling Perusso 2008, Mata 2011) también identifica en “comunitaria” el apelativo que en los '70 y '80 se reservaba para los procesos de comunicación barriales, principalmente. Pero una cosa era la comunicación comunitaria de los años '70 y '80, y otra la de los albores del siglo XXI. Y en ese ¿resurgimiento? de esta vertiente de la comunicación en las últimas décadas les ha cabido un papel fundamental a las universidades, en tanto agentes institucionales con capacidad para desarrollar políticas propias, en este caso comunicacionales.

Además, con la sanción de la LSCA y el fortalecimiento que ella supuso para sectores militantes de la comunicación comunitaria y popular en la Argentina, el rol de las universidades en la definición de los alcances de la “comunicación comunitaria” adquirió un papel fundamental. Entre ellas, el ACC, a la sazón interlocutora en esos años y en nombre de la Universidad con actores tan diversos como personas en situación de cárcel de la ciudad, organizaciones sociales, organismos del estado provincial y municipal, escuelas, medios comunitarios y grupos de ciudadanos en diversa condición de vulnerabilidad social.

En ese diálogo, creemos, se forjan en los últimos años las definiciones actuales de la comunicación comunitaria. Por ello, para re-conocerla, decidimos realizar una *autoetnografía* que además, incluye algunas estrategias de la *etnografía en colaboración* y que en parte se desarrolla como *etnografía de archivo*.

Para esto, desde el enfoque etnográfico definimos realizar un trabajo de campo compuesto por dos estrategias metodológicas:

1) etnografiar nuestros propios registros de campo (etnográficos) realizados durante el desarrollo de las prácticas en terreno (entre 2004 y 2015). Esto implicó que cada una de las integrantes del equipo tomara a su cargo un fragmento de tales registros⁶, creara un diario de campo donde se generaron nuevos registros de observación (al uso de la *etnografía de archivos*) (Muzzopappa y Villalta 2011) y volviera a interpretar los procesos que desarrollamos, ahora en

⁵ Otras que en distintos contextos de Latinoamérica han oficiado en distinta medida de sinónimos, son “popular”, “alternativa”, “participativa”, “alterativa”, “para la emancipación”, etcétera.

⁶ A los registros escritos, en algunos casos se agregaron registros sonoros (fragmentos de entrevistas o de producciones sonoras hechas en el marco de las actividades de extensión), audiovisuales (fotos y videos) y gráficos (dibujos, croquis, etcétera).

respuesta a las preguntas de la investigación y habiendo tomado la distancia que implica el paso del tiempo. Dicho de otro modo, para observar nuestro propio punto de vista, necesitamos ejercitar el extrañamiento metodológico: los registros originarios habían sido hechos en nuestro carácter de extensionistas, en tanto los nuevos lo son desde nosotras como investigadoras. Y: 2) realizar entrevistas y nuevos registros de observación durante 2016 y 2017, orientados ahora por las preguntas de la investigación, es decir, generar instancias de intercambio y diálogo – algunos próximos a los procedimientos de la *etnografía en colaboración* (Rappaport 2007; Milstein 2010)- para compartir y relevar junto a los actores de nuestros proyectos de extensión los sentidos que se desprenden de los procesos extensionistas. Esos nuevos registros también se fueron incorporando al diario de campo llevado adelante por cada una.

¿En qué sentido hablamos de una *etnografía en colaboración*? En un doble sentido: por un lado, los procesos de producción de algunos de los materiales ahora objeto de análisis son productos colaborativos en tanto fueron elaborados en situaciones de intercambio entre universitarixs y actores sociales de los terrenos; y por el otro, toda la investigación es un proceso colaborativo entre un grupo heterogéneo de investigadorxs⁷.

En cuanto a la técnica de la entrevista, la misma ha sido utilizada en relación a dos tipos de actores integrantes del campo de estudio: a) participantes de las prácticas en terreno en las cuales no haya podido producirse suficiente información mediante la técnica de observación participante y registro; y b) colegas de otras unidades académicas que desarrollan proyectos de comunicación comunitaria análogos al nuestro.

Luego, al finalizar la etapa de Trabajo de Campo, organizamos una serie de encuentros para poner en común la lectura de los diarios de campo individuales, con el objetivo de ir elaborando un texto común de conclusiones del proyecto⁸.

La autoetnografía: ¿atajo o camino sinuoso?

Si bien algunos de los dilemas contemporáneos (teóricos y epistemológicos) del ejercicio de la Antropología parecieran disiparse al estudiar procesos sociales en los que lxs investigadorxs somos nativxs, al permitirnos minimizar algunos de los aspectos más problemáticos de la

⁷ En este sentido, algunas de las preguntas que nos hacemos son: “¿en qué medida la colaboración supone un nosotros? ¿cuáles son, en este sentido, sus límites? ¿Cómo dar cuenta en un texto de las miradas y enfoques de varios investigadores guiados por una pregunta común?” (Ponencia presentada en las VIII Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos – FASANO, P. / PEREZ CAMPOS, M.L. (2016) La autoetnografía: Entre los dilemas de la Antropología en casa, la Etnografía en Colaboración, la relación investigación/ intervención y las condiciones de legitimación de los estudios académicos. En: <http://cas.ides.org.ar/actas-de-las-jornadas-de-etnografia-y-metodos-cualitativos-3>

⁸ En esta etapa nos encontramos actualmente.

“Antropología en casa” -especialmente aquellos que tienen que ver con las implicancias éticas y políticas en relación a la *intromisión* que producen los estudios de campo etnográficos y con otras cuestiones relativas a la autoridad etnográfica⁹ y la participación de los sujetos en los resultados de la investigación-, por otro lado la autoetnografía se plantea controversial en un escenario académico caracterizado todavía en gran medida por el fantasma del sesgo subjetivista de los procesos de investigación.^[1]

Tal como sugieren Ellis, Adams y Bochner (2015), como método la *autoetnografía* combina características de la *autobiografía* y de la *etnografía*, aunque se diferencia de la *autobiografía* por su condición de mirar la experiencia de manera analítica: “los autoetnógrafos no sólo deben hacer uso de herramientas metodológicas y de la literatura científica para analizar la experiencia, sino que también deben tomar en cuenta las formas en que otros podrían experimentar similares epifanías, utilizando la experiencia personal para ilustrar las facetas de la experiencia cultural, y, de este modo, hacer que las características de una cultura sean familiares para propios (*insiders*) y extraños (*outsiders*)” (Mitch Allen 2006 en Ellis, Adams y Bochner 2015) .

Dijimos antes que uno de nuestros materiales de campo principales son los registros de observación de las prácticas realizados durante esos años (registros etnográficos con fines de planificación y evaluación), a los que se suman los que estamos realizando en la actualidad sobre nuestras prácticas en terreno, a partir de definir nuestro problema de investigación (registros etnográficos motivados por la pregunta de investigación).

Este registro fue realizado por Claudia el 25 de septiembre de 2004 en la radio comunitaria “Doña Munda”:

Nos sentamos alrededor de una mesa y para comenzar (nuestra) Patricia nos presenta, diciendo que somos un equipo de trabajo de la Facultad de Ciencias de la Educación, que trabaja en “Comunicación Comunitaria”. Después nos presentamos cada una por nuestros nombres y explica a la gente del taller que desde la academia hay un desconocimiento acerca de lo que es la Comunicación Comunitaria y que nosotros estamos haciendo estas actividades acompañadas de registros (fílmicos) para poder testimoniar y contribuir a la escritura de la historia...

Después que todos se presentaron, Patri hizo una pequeña intervención remarcando

⁹ En este sentido, si bien nuestra investigación revestiría ciertos rasgos de la *etnografía de archivos* (Muzzopappa & Villalta 2011), a diferencia de ésta, se tratan los nuestros de registros realizados por alguna de las integrantes del Área de Comunicación Comunitaria – ahora investigadoras- que, en cada oportunidad, participó de las prácticas en calidad de extensionista o coordinadora de taller o participante de alguno de los equipos de trabajo en terreno.

que en la historia hubo conflictos, que no pueden ser negados porque debemos aprender de ellos.^[1]^[SEP]*También hizo referencia al encuentro de ayer donde hubo 12 chicos que representan el futuro.*

Irene rescató la importancia del saber escuchar, del preguntar, del comunicarse con el otro y para el otro.^[1]^[SEP]*Se rescató la importancia de los medios, y la función que deben cumplir, ellos están para comunicar lo que realmente pasa, no para dibujar algo que no es.*

Irene les explicó que iban a dibujar sobre el papel la comunidad. Y Patri agregó: plasmar para ver cuál es nuestra comunidad, ¿cuáles son las cosas que hacen a nuestra comunidad?

El registro revela la existencia de al menos dos actores sociales participando en la realización –y definición- de una práctica de comunicación comunitaria: las universitarias y lxs integrantes de la radio comunitaria Doña Munda. A su vez, el registro ha sido realizado por una de las integrantes del Área de Comunicación Comunitaria, haciendo uso consciente de su reflexividad como universitaria, comunicadora social, mujer, treintañera, entrerriana, quien observaba y registraba las prácticas con la finalidad de producir una herramienta para revisarlas.

Esto, multiplicado por las distintas prácticas de trabajo en terreno realizadas desde el ACC entre 2004 y 2016, y vuelto a multiplicar por los puntos de vista de las distintas integrantes del equipo –ahora de investigación-, constituye el material de campo primario de nuestra autoetnografía. Lo que en ese momento se observaba era cómo desarrollábamos las prácticas, para poder revisarlas en un ejercicio de evaluación y planificación; lo que ahora pretendemos reconstruir etnográficamente a partir de esos registros es un itinerario de construcción de una definición de la comunicación comunitaria por parte nuestra.

No habría otro modo de poder nosotrxs acceder a conocer ese proceso si no es auto-etnografiándonos.^[1]^[SEP] Pero, ¿no son en algún sentido las auto-etnografías manifestaciones extremas de una condición auto-reflexiva siempre presente en las investigaciones etnográficas? ¿Por qué sería más confiable que un etnógrafo noruego etnografiase nuestro proceso analizando esos mismos registros? ¿Por qué hay un cierto consenso respecto de sospechar más de la subjetividad de nuestras observaciones que de las de un observador culturalmente distante? Porque, supuestamente, el observador culturalmente distante podría más rápidamente reconocer las dimensiones propias de nuestra forma cultural específica, gracias a su natural condición de extraño. Pero, llegados a este punto, nos encontramos frente a uno de los supuestos básicos del quehacer etnográfico: la posibilidad de producir el extrañamiento metodológico (y la

objetivación) a través de la escritura (y la vigilancia epistemológica).

Si al mismo tiempo somos nativxs y antropólogxs de nuestro propio campo y hemos ido haciendo, a través de la escritura, un proceso de objetivación de nuestras prácticas, ¿por qué nuestra pertenencia al campo, en lugar de autorizarnos por ser nativxs y como constructores de saber, habría de deslegitimarnos como antropólogxs?

Tanto en lo que implica realizar una *autoetnografía* como una *etnografía en colaboración y de archivos*, el proceso de investigación que transitamos representa para nuestro equipo y en nuestro ámbito un modo poco explorado de investigar nuestras propias prácticas como universitarixs.

Aunque especialmente, las “sospechas” recaen sobre la condición de *autoetnografía*:

En parte etnografía, la autoetnografía es desestimada por los estándares de las ciencias sociales como insuficientemente rigurosa, teórica y analítica, y también como demasiado estética, emocional y terapéutica. Los autoetnógrafos son criticados por hacer muy poco trabajo de campo, por observar muy pocos miembros de la cultura, por no pasar suficiente tiempo con (diferentes) otros. Por otra parte, por hacer uso de la experiencia personal, se cree que los autoetnógrafos no sólo utilizan datos supuestamente sesgados, sino que también son observadores de su propio ombligo, narcisistas egocéntricos que no cumplen con las obligaciones académicas de hipótesis, análisis y teorización.

En parte biografía, la autoetnografía es desestimada por las normas de la escritura autobiográfica, como insuficientemente estética y literaria y no lo suficientemente artística. Los autoetnógrafos son vistos como sujetos atentos a la imaginación científica sociológica que tratan de lograr legitimidad como científicos. En consecuencia, los críticos dicen que los autoetnógrafos desatienden la imaginación artística literaria y la necesidad de ser talentosos artistas. (Ellis, Adams y Bochner 2015: 263)

Sospechada de ser un *atajo*, la autoetnografía se convierte entonces en un *camino sinuoso*, ya que por su condición innovadora nos implica un permanente doble trabajo: el propio de la investigación y el demandado –implícita o explícitamente- por la comunidad científica para *dar cuenta* de la legitimidad del método¹⁰.

Pero, ¿hasta dónde es *preciso* dar cuenta de la legitimidad de teorías y métodos ya legitimados

¹⁰ A manera de ejemplo del desconocimiento de las posibilidades y alcances del método etnográfico: una de las evaluadoras del Proyecto de Investigación sugirió un recorte al presupuesto solicitado para “Desgrabaciones”, argumentando que esta tarea no era compatible con una etnografía.

en otros contextos académicos, por el solo hecho de tratarse –la nuestra- de una comunidad académica más conservadora de enfoques tradicionales? ¿Hasta dónde *debemos* incorporar a nuestro escaso tiempo laboral remunerado para investigar, la tarea de producir artículos y ponencias para validar un método ya validado en otras geografías? Esta exigencia –más o menos imaginaria, según el caso- habla de ciertas características de nuestra labor de investigación y, en tal sentido, podría proporcionar elementos específicos no sólo para enmarcar la comprensión de nuestra producción etnográfica, sino además para contribuir a una sociología y una antropología del campo académico, al menos argentino. La cuestión es cómo administrar el tener que hacernos cargo de estas condiciones del trabajo de investigación académico dentro de la universidad argentina para que estas características propias –en este caso, limitaciones de información y consecuencias del modo de constitución del campo académico y la distribución en él de los distintos capitales simbólicos (Bourdieu 2008)- no termine mellando la posibilidad de extender el desarrollo y profundización del uso de un enfoque y un método, y en tal sentido reduciendo la riqueza del propio proceso de la investigación. Se trata de una tensión permanentemente presente.

Las condiciones (laborales) del trabajo de investigación en la Universidad

Dijimos antes que el equipo (de extensión, de investigación) está compuesto por diez mujeres: cuatro de ellas tienen un cargo docente con dedicación parcial (20 horas semanales) y las seis restantes tienen dedicación simple (10 horas semanales) a la Universidad. Huelga decir que, por razones económicas, todas tienen otros trabajos. Dicha dedicación, por tratarse de un cargo docente, prevé la mitad del tiempo para planificación y la otra mitad para cumplir horario en la Universidad, sea frente al aula o en otras tareas; a su vez, el cargo incluye actividades de docencia, extensión e investigación, y cada una de las integrantes del grupo desarrolla en mayor o menor medida actividades de extensión o docencia, además de las de investigación. Esto hace que, en el mejor de los casos, quienes tienen una dedicación simple puedan dedicar un cuarto del tiempo a tareas de investigación (algo así como 2,5 horas semanales), en tanto las que tienen dedicación parcial (entre ellas la directora y co-directora) pueden dedicarle el doble (unas 5). En ese tiempo, es necesario incluir: realización de trabajo de campo, escritura de registros de observación, lecturas teóricas, escritura de ponencias y artículos, participación en reuniones de puesta en común, asistencia a eventos de divulgación científica y desarrollo de gestiones administrativas necesarias para la prosecución del proyecto.

Por otra parte, el Presupuesto asignado al proyecto supone que el trabajo de campo tiene casi nulos costos de producción (\$2.000 totales en concepto de costos de traslado para dos años), la

asistencia a eventos de divulgación científica se prevé insumirá un total de \$300 por año por persona (\$9.000 para tres años), el pago de honorarios a especialistas no está permitido y así otros rubros presupuestarios que facilitarían la profundización y desarrollo de la investigación.

Investigar sobre los márgenes en los márgenes

Por último, está el contexto epistemológico de nuestro proceso de producción de conocimiento. En primer lugar, mencionamos antes nuestra posición teórica en relación al campo de estudios de la comunicación social en las antípodas del mediacentrismo característico de los estudios comunicacionales (Martín Barbero 1987; 2002), profundamente relacionado con el sociocentrismo académico, ya que cuando ponemos en el centro de los procesos de comunicación social a los medios masivos de comunicación, a los sectores socialmente más vulnerados sólo les cabe el lugar de destinatarios o de referentes, nunca de protagonistas de tales procesos. Y, por el contrario, trabajando en sectores populares percibimos cuánto y en qué medida los procesos de comunicación interpersonales organizan/estructuran parte fundamental de su socialidad cotidiana, definida muchas veces en términos de “comunidad” (Fasano 2006). Consideramos que este modo de entender la Comunicación Social convierte al campo de la Comunicación Comunitaria en un terreno especialmente fértil en términos tanto políticos como profesionales, tanto para los comunicadores sociales como para la sociedad a la que pertenecemos, en la medida en que entendemos a la Comunicación Comunitaria como el ámbito específico donde la Comunicación Social como disciplina y como profesión se despliega para propiciar la transformación política de los sectores más postergados de nuestra sociedad.

En segundo lugar, producir conocimiento desde la extensión universitaria supone otra condición escasa o nulamente legitimada en nuestro mundo académico, a pesar del notable desarrollo que desde diversos campos temáticos y abordajes multidimensionales reviste en comunidades académicas como las de la República Oriental del Uruguay y, desde los 2000 a esta parte, en la propia Argentina (Oyarbide 2015). Si bien observamos una lenta transformación al respecto, esto se evidencia claramente en el peso simbólico que las actividades de extensión y de investigación revisten, cada una por su parte, al momento de acreditar el acceso o la revalidación de un cargo en la universidad: en los hechos, la universidad argentina sigue siendo una institución prevalecientemente ligada a la docencia.

Si bien, la extensión es una dimensión que fue incorporada como “tercera función” en 1918 y cuya bandera fue defendida por el Movimiento de la Reforma Universitaria

Latinoamericana, lo cierto es que su lugar en la actividad académica no ha dejado de ser comparativamente menor (Arocena 2013). De hecho, en las prioridades de los formularios que

se deben llenar para acreditar la actividad universitaria de docentes, graduadxs y estudiantes, los antecedentes en extensión ocupan un desmedrado lugar al final con aquellos que se mencionan como “otros antecedentes”. Esto supone, asimismo, que quienes estamos vinculadxs fuertemente al extensionismo ocupemos los últimos lugares en las filas que se proponen como especialistas reconocidos, ya que somos considerados portadores de saberes vivenciales, esos que no compiten con los teóricos.

El primer día en la cárcel vi algo que nunca había visto, que quería escribir sobre eso que me estaba pasando. No me interesaba ya hacer un informe periodístico, ni una crónica sino que quería escribir encontrándome a mí misma allí y lo que pasaba con eso que llamábamos comunicación comunitaria. Y que allí había conocimiento (novedoso) para compartir. Todo el año 2006 me sirvió para hacer la tesis de licenciatura y para luego seguir en un camino de extensión con producción reflexiva. Más tarde ingresé como becaria de CONICET en un intento de proyección de mi carrera en la investigación pero continuando el recorrido iniciado en los temas carcelarios, la educación y la etnografía. Pero me di cuenta que haber sido extensionista (y seguir siéndolo) era una condición que hacia los demás, me encasillaba y que era difícil salirme de ella. Y ser conocida en tareas de extensión, no podía mezclarse con otras funciones universitarias. Esto no me pesó hasta el año 2014 cuando en una actividad sobre el día del investigador de nuestra facultad (donde mi trabajo como becaria estaba radicado) se convocó a todos los investigadores en formación para que compartan las preguntas y avances de sus estudios. Menos a una que siempre jugó de extensionista, fui la única no participada en aquel panel de “investigadores puros”.

Ahí decidí buscar otro lugar donde haya espacio para esos otros saberes (que en realidad eran los que más me interesaban) y lo encontré entre antropólogos en el CITER¹¹, quienes -como yo- se dejan sorprender más por lo que ven, escuchan y sienten.¹²

Por último, realizar investigación etnográfica en el marco de unas ciencias sociales y humanas conformadas mayormente bajo la hegemonía del positivismo sociológico supone rendir doblemente cuentas: a) sobre la consistencia de los resultados de la investigación y b) sobre la consistencia del enfoque y método escogido para producir el conocimiento. Allí donde el

11 Centro de Investigación y Transferencia de Entre Ríos (CONICET-UNER).

12 Del diario de campo de Gretel Schneider.

positivismo se encuentra con el academicismo, la información proveniente del trabajo de campo debe superar todos los filtros del *rigorismo metodológico* (Bourdieu 1995) que genera la ilusión de que hay rigor donde, en verdad, hay la perfecta reproducción de un esquema. Ante ese rigorismo, la creatividad y versatilidad en la aplicación de técnicas de trabajo de campo propias tanto del método etnográfico como de las tareas de extensión universitaria, resultan por definición sospechadas de escasa fiabilidad en la producción de conocimiento científico.

De hecho, me parece más importante elaborar metáforas que elaborar conceptos. Aunque se trata de una opción sujeta a discusión, en lo personal desconfío de los conceptos. Por supuesto, los conceptos son para nosotros el plato de cada día; en muchos aspectos, sin embargo, contribuyen a encerrarnos, tal vez en exceso, sobre todo en periodos como el nuestro en permanente movimiento. Por ello prefiero recurrir a la metáfora, e incluso a la noción. La idea de noción remite a algo mucho más provisional y, en todo caso, tiene mayor pertinencia —en el sentido estricto de la palabra— durante épocas dinámicas como la nuestra. (Maffesoli 2002: 216)

¿Por qué el saber científico aún no está instituido como dinámico cuando está previsto que así suceda, ya que somos sujetos dinámicos y nuestra experiencia, sentimientos y lecturas del mundo se revisan, fluyen, enroscan? Aquello que conocemos y aparece como hechos de la realidad son construcciones, procesos que suceden en diálogo, en encuentro, en choque con nosotros mismos (como seres culturales, políticos, etc.).

En palabras de Lucrecia:

Son quizás los conceptos, los chalecos de fuerza que no nos permiten ir más allá como jaulas violentas en que las disciplinas científicas (o sus doctos usuarios) han cerrado con candado para que no volemos, no nos atrevamos a experimentar, a preguntar, a sospechar. Para que nos demos la frente contra el parabrisas en ese itinerario que se entreteje entre la posibilidad del aprendizaje, la curiosidad y la chance de vivenciar. Para paliar -o resignificar, o vengar, o reivindicar- esa historia, decidimos coquetear con el enemigo de eso que se presenta como verdadero.

Se trata del terreno -que aparece tan sinuoso- de la comunicación, con la excusa de que nuestro territorio es el discursivo, el de los signos, los sentidos y los

*relatos; lo que nos da la posibilidad de meternos en los territorios más inesperados... en esto consiste la aventura.*¹³

Pasando en limpio, todo o casi todo: la temática de la comunicación comunitaria –marginal en el campo de estudios de la comunicación social-, el enfoque etnográfico –aún poco conocido y legitimado en nuestro ámbito- y la metodología elegida –un diario de campo basado en registros propios, es más, *varios* diarios de campo basados en *varios* registros propios; entrevistas a referentes cercanos del ámbito académico; auto-observación de nuestras prácticas laborales- se encuentran en la periferia pero en el centro de nuestras inquietudes. En lugar de aquel etnógrafo solitario escribiendo su diario durante horas en su choza, en las lejanas Islas Trobriand alejado de las mundanales preocupaciones de la vida diaria, nosotras escribimos nuestro diario en las escasas horas que la dedicación docente en la Universidad relega a la actividad de investigación. Y aun así decimos hacer etnografía y practicar el *extrañamiento metodológico*. Todo supone la asunción de cierta posición dentro del campo universitario, académico y disciplinar; y, a su vez, algunas de estas posiciones suenan anómalas, en algunos momentos *muy* anómalas.

Ahora bien, lo que nos interesa discutir en esta oportunidad no es la razón o no de ser de tal sensación de anomalía, sino lo que inevitablemente todas estas condiciones *producen* en los propios resultados de la investigación al transversalizar el proceso de conocimiento del proyecto. Cómo esas condiciones *con-forman* los productos que realizamos, en este caso una etnografía sobre el desarrollo del concepto de *comunicación comunitaria* en nuestro ámbito. Y en tal sentido, nos parece que podríamos estar haciendo un aporte para el desarrollo de una antropología de la ciencia o, por lo menos, de una antropología del mundo académico desde Argentina.

Referencias bibliográficas:

AROCENA, Rodrigo (2013). “Curricularización de la extensión: ¿por qué, cuál, cómo?” en Arocena, R y Tomassino, H. (comps.). Integralidad: tensiones y perspectivas. UdelAR: Montevideo.

BOURDIEU, Pierre (1995) Respuestas. Por una antropología reflexiva. México, Grijalbo.

BOURDIEU, Pierre (2008) Homo academicus. Buenos Aires, Siglo XXI.

ELLIS, Carolyn; ADAMS, Tony y BOCHNER, E. Arthur P. (2015) “Autoetnografía: un panorama”. En: Revista Astrolabio N° 14. ISSN 1668-7515.

13 Diario de campo de Lucrecia Pérez Campos.

- FASANO, Patricia (2006) De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza. Buenos Aires, Antropofagia.
- GUBER, Rosana (2001) La etnografía. Método, campo y reflexividad. Grupo Editorial Norma: Buenos Aires.
- HUERGO, Jorge (2003). El reconocimiento del “universo vocabular” y la prealimentación de las acciones estratégicas. La Plata: Centro de Estudios en Comunicación/Educación.
- KROHLING PERUSSO, C. (2002) Comunicação comunitária e educação para a cidadania. Revista PCLA Vol. 4 N°1.
- MAFFESOLI, M. (2004) El tempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas, Buenos Aires, Siglo XXI.
- MAFFESOLI, Michel (1997) Elogio de la razón sensible. Una visión intuitiva del mundo contemporáneo. Buenos Aires, Paidós.
- MAFFESOLI, Michel (2002). “El reencantamiento del mundo”. En Sociológica, vol. 17, núm. 48, enero-abril, pp. 213-241. Universidad Autónoma Metropolitana: Distrito Federal, México.
- MARTÍN-BARBERO, J. (1991) De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía. México, Gustavo Gili.
- MATA, María Cristina (2009) “Comunicación comunitaria en pos de la palabra y la visibilidad social”. En: Área de Comunicación Comunitaria (comp.) Construyendo comunidades... Reflexiones actuales sobre comunicación comunitaria. Buenos Aires, UNER/La Crujía
- MILSTEIN, Diana (2010). “Escribir con niños: una posibilidad de coautoría en la investigación etnográfica”. En: Revista Reflexão e Ação, Santa Cruz do Sul (18).
- MUZZOPAPPA, Eva & VILLALTA, Carla. (2011) “Los documentos como campo. Reflexiones teórico- metodológicas sobre un enfoque etnográfico de archivos y documentos estatales”. En: Revista Colombiana de Antropología (47).
- ORTNER, Sherry. “Theory in anthropology since the sixties”. In: DIRKS, ELEY & ORTNER (org.), Culture, Power, History. Princeton University Press, 1994.
- OYARBIDE, Fabricio (2015) “Introducción”. En Castro, Jorge y Oyarbide, Fabricio (comps.). Los caminos de la extensión en la universidad argentina. Santa Rosa: edunlpam.
- PAIVA, R. (org.) (2007) O retorno da comunidade. Os novos caminhos do social, Rio de Janeiro, Mauad.
- PEIRANO, Mariza (2006) A teoria vivida e outros ensaios de antropología. Rio de Janeiro, Jorge Zahar Ed.
- RAPPAPORT, Joanne (2007). “Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en

colaboración”. En: Revista Colombiana de Antropología (43).

SANTOS, Boaventura de Sousa (2009) Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social, Siglo XXI , CLACSO México.